

NETZSCHE en el siglo pasado, en pleno auge militar alemán, tuvo que confesar, cuando proclamó que el viejo Dios había muerto, que se había adelantado a su tiempo. «¡He venido demasiado pronto! —dijo—. Mi tiempo todavía no ha llegado» —confesó con pena.

Pero Sartre —notario de todos los síntomas profundos de nuestro tiempo— ha certificado públicamente en Ginebra, hace veinte años ya: «Señores, Dios ha muerto».

Nuestra época es la época de las confesiones de incredulidad. No de los hombres solamente, sino también de las mujeres. El ateísmo no hace discriminación de sexos en nuestro tiempo. Ayer fue Simone de Beauvoir. Hoy es la novelista Mary McCarthy, que publica su —¿cínico, sincero?— **best seller**. «Memorias de una muchacha católica», donde cuenta, sin rebozo alguno, incluso con cierta complacencia, su no-creencia en Dios.

«Católica defraudada —dice—, no me inquieto ahora con la idea de que pueda existir Dios. Si existe (lo que me parece dudoso), lo único que me puede ocurrir es pasar un mal cuarto de hora en el otro mundo; pero no quiero cambiar mi agnosticismo contra la salvación de mi alma... Si existiese un Dios que me condenara por no haber querido hacer un negocio con él —un toma y daca—, qué le vamos a hacer, lo que nunca querría, desde luego, es pasar-me toda la eternidad en tal compañía».

Da la sensación que —para estas personas y para otras muchas— la religión fue durante mucho tiempo —en la historia y en sus propias vidas— una tiranía. Tiranía del mundo impidiendo su progreso, y tiranía del hombre alienándose y conservándole en constante minoría de edad. La religión —creen ellos— abolía lo profano, la **ciudad profana**, impidiendo que se desarrollase por sus propios y poderosos medios; era, en una palabra, el **opio del pueblo** —agostando su coraje creador—, como dijeron varios sociólogos de la pasada centuria, en especial Marx.

Hace sólo unos días convivía yo con un puñado de obreros católicos, cerca de Madrid, y esos obreros creyentes —pero no por eso menos obreristas— me dieron la misma sensación, en su juicio sobre la historia de la religión, teniendo una postura radicalmente opuesta a esos no-creyentes.

Por lo mismo, estos obreros aceptaban plenamente el descubrimiento que hoy empezamos a hacer todos —intelectuales, hombres de la calle y obreros— de la autonomía de las cosas humanas, de la legítima autonomía de la **ciudad secular**.

Este hallazgo ha traído algo de incalculables consecuencias: la abolición en amplios sectores —o al menos la disminución— de lo religioso. La **ciudad profana** ha derrocado a la **ciudad de Dios**. Y la ha derrocado echando por tierra la idea que muchos tenían de Dios.

Por eso —y no por otra causa— han nacido en estos años los **teólogos de la muerte de Dios**. La teología —con estas y otras vitales aunque discutibles experiencias— ha dejado de ser ya una teología de laboratorio; y se ha convertido en una reflexión sobre lo que viven los hombres de hoy. Por esta razón todo el mundo habla de teología en los periódicos y revistas profanas, cosa que hace unos pocos años —veinte o treinta años solamente— a nadie apenas se le ocurría tratar en una publicación que no fuese religiosa.

Esta aparente muerte de la idea de Dios, no es algo sin precedentes en la historia del cristianismo. Si Van Buren, en 1963, pudo proclamar la necesidad de un «cristianismo ateo», fue porque en el año 155 de nuestra era un procónsul romano le obligó a San Policarpo a pedir: «¡Fuera con los ateos!»; y entonces, señalando Policarpo a los hombres religiosos de su tiempo —a los practicantes de la religión romana—, gritó «fuera con los ateos». Y ese grito fue el que le valió que le quemaran vivo.

Los cristianos entonces —aunque no siempre ahora— eran ateos de esos falsos dioses; y por eso les increpaban, y perseguían los hombres religiosos del mundo romano, y «en ese insulto se encerraba un oculto sentido», como dice Maritain. El mismo oculto sentido que tiene el enfado con que muchos hombres religiosos combaten hoy a los teólogos de la «muerte de Dios».

Cuando les llaman ateos a estos teólogos, en lo único que se fijan es en la incomodidad en que les coloca su postura radical y nueva —que es la del mundo actual—, y no saben qué hacer respecto a las falsas imágenes de Dios, en las que centran muchas veces la religiosidad que tenían estos creyentes asustadizos.

Si desaciertan estos pensadores renovadores no es en combatir por el buen nombre de Dios, tan desprestigiado por los hombres religiosos de estos últimos siglos. Si no aciertan será por algún planteamiento demasiado superficial, o demasiado simplista, en que

¿REQUIEM POR DIOS?

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

han caído; porque el problema de Dios es más profundo de lo que piensan los integristas conservadores, o —en el extremo contrario— estos progresistas tan avanzados que son los **teólogos de la muerte de Dios**.

Del primer teólogo que tomó conciencia del proceso de la «muerte de Dios» fue el alemán —aclimatado en Norteamérica— Rudolf Bultmann. Y el primer filósofo cristiano, Gabriel Marcel. Ambos se percataron de la hojarasca en que la religión —y principalmente la idea de Dios— estaba envuelta, y procuraron desmenuzar el ruinoso edificio en que nos movíamos los cristianos. Bultmann hizo esto con la Biblia —y pretendió desmitologizarla—, y Marcel intentó algo parecido con el problema de Dios, desengañando a los hombres religiosos de esos conceptos infantilmente bien perfilados con que pretendíamos alcanzarle. Un día de 1919 este último se preguntaba: «¿Por qué —si no es por eso— resulta tan radicalmente absurdo imaginarse —como algunos apologistas católicos han pretendido ingenuamente— una agencia de noticias transmitiendo un telegrama que dijese: "El señor X ha descubierto la existencia de Dios"?». Dios es real, ciertamente la última realidad, el trasfondo de toda realidad; pero no es un teorema, ni se alcanza por medio de un silogismo transmitido como si fuera un hallazgo científico.

Bultmann —por un lado— pretendía que abandonásemos de una vez la imagen mítica del mundo. Por ejemplo: «que —pensemos— que se divide en tres pisos: arriba el cielo, abajo el infierno, y en medio la tierra» (R. Bultmann, «L'interprétation du Nouveau Testament»). Y que todavía perdure esta imagen en el Credo diciendo que Cristo «descendió a los infiernos» (que se suponía estaba en el centro de la tierra), y que, después de resucitado, «subió a los cielos» (pues la salvación se ubicaba en lo último del firmamento visible).

Tres esas frases ingenuas hay ciertamente dos realidades, y Bultmann —contra lo que han creído muchos católicos— las reconoce, porque «Bultmann es un erudito de honradez clara, y honda fe religiosa», como confiesa noblemente el padre Mac Kenzie, S. J.

Entre las trincheras de la primera guerra mundial, siendo capellán del ejército, fue cuando descubrió Bultmann que «el mensaje cristiano tradicional tenía el aspecto de un cuento mágico que aprendimos de niños, que nada significaba en medio de las trincheras» (R. Adolfs, «The grave of God»). Pero —como hombre serio y de estudio— hasta la segunda guerra mundial, en 1942, no publicó estas ideas, descubiertas como simple intuición veinticinco años antes. Ideas de purificación de la envoltura que tenía este mensaje de fe que, en lo básico, aceptan los investigadores católicos Cerfaux, Benoit, O. P., y Beda Rigaux, O. F. M.

Silencio... y apague la luz, va a hablar EUMIG!

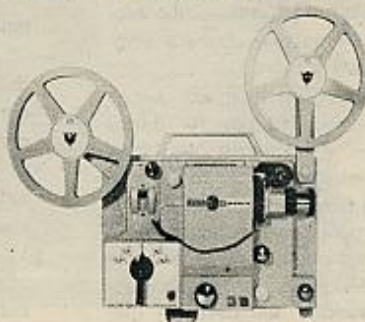


Déles nueva vida a sus películas incorporándoles sonido con este nuevo proyector EUMIG MARK-S-Super 8, y después apague la luz y... silencio! Va a hablar EUMIG.

Le hablará de calidad. Con su sonido perfecto. Con su imagen nítida que realza todas las cualidades de sus films. Al comprar su proyector sonoro ¡cédale la palabra a EUMIG MARK-S-Super 8!

eumig *super-8* • MOTOCAMARAS Y PROYECTORES

VIENNETTE-Super 8
 "Servo-focus",
 zoom eléctrico.
 Diafragma automático.
 P.V.P. 12.500'— ptas.



EUMIG MARK-S-Super 8
 Proyector sonoro automático.
 Objetivo Euprovar zoom 1: 1,3
 de 15-25 mm.
 Lámpara de yodo-cuarzo
 ¡La mayor calidad y nitidez
 al servicio del super 8!
 P.V.P. 16.900'— ptas.

¿REQUIEM POR DIOS?

DE ahí a Bonhoeffer y Tillich no había más que un paso. El primero —un pastor protestante— descubrió, entre las alambradas de un campo de concentración alemán, que el cristianismo más que una religión, con un Dios primitivo que todo lo arregla, era una vida seria en el mundo, con un Dios innominable como trasfondo del hombre. El segundo ha sido el que más se ha acercado —sin extremismos superficiales— a la concepción de un Dios al alcance de nuestro tiempo, debiendo tomar la religión —según su idea— en consideración las necesidades, anhelos y cuestiones de los hombres, como hizo el Papa Juan XXIII. Sus obras «El coraje de ser» —la más importante—, y «El eterno ahora», son expresión de sus profundas reflexiones.

Los nombres que hoy suenan escandalosamente en los anuncios de los periódicos o en las portadas de sus propios libros: los americanos Vahianian, Hamilton, Altizer y Van Buren, son menos importantes que esos precursores. Y menos todavía lo es, desde el punto de vista científico —aunque sea el más decisivo por su impacto práctico—, el popular Obispo anglicano de Woolwich, J. A. T. Robinson, con su «Sincero para con Dios», traducido hace unos meses al castellano.

En 1961 fue Gabriel Vahianian —profesor de la Universidad de Siracusa, en Nueva York— el primero que publicó un libro sobre este tema, que tituló «La muerte de Dios», y en el que quiere superar la idea de un Dios infinitamente distante —o distanciador— de nuestras inquietudes profanas, de las de este mundo con nuestra vida de familia, con nuestra vida profesional, o como ciudadanos responsables y conscientes.

Pocos meses más tarde, Hamilton —profesor de la Facultad protestante de Teología de Rochester— publicó «La nueva esencia del cristianismo», donde pretende abolir todas las imágenes tradicionales de Dios y propugnar que más que hablar de Dios nos fijemos en el estilo de vida propio de un cristiano, ya que lo otro es una empresa difícil y, a veces, imposible.

Altizer —profesor de la Universidad de Atlanta— publicó, en 1963, su dura crítica de Mircea Eliade —el historiador de las religiones— propugnando «una investigación radical para comprender de un modo nuevo lo religioso», que se adaptase a nuestra sensibilidad racionalizante de modo completamente radical y coherente.

Y, por último, Van Buren —el más oscuro y extremo de todos— propone un nuevo programa: abandonar la palabra «Dios», y no volver a utilizarla, porque está tan unida a falsas concepciones sobre pasadas, que no merece la pena conservarla. Su filosofía es el llamado «análisis del lenguaje», deudor del neo-positivismo anglosajón. En resumen: es defensor de un cierto «ateísmo cristiano», como lo fueron de su religión —en algún modo— los hebreos de la época **yavista**, que no querían nombrar a Dios —diciendo Elohim, Adonai—, sino que inventaron un nombre innominado, **Yahvé**, que es algo así como la contestación que daría un gallego a la pregunta indiscreta: «¿Quién es Dios?» y replicase: «Dios es **quien resulte ser**» (Heinisch, Deillhy, Courouyer, Feret, Van Imschootson, los investigadores que dan pie para interpretar así este difícil pasaje bíblico). Lo cual es querer decir que no sabemos quién es Dios, y que sólo lo conocemos en nuestras propias vidas de superación de nuestro egoísmo, con la práctica de la convivencia moral con todo hombre próximo a nosotros (que es lo que significa nuestro **próximo**).

No tomé partido por ninguno de estos teólogos: me limito sólo a relatar esquemáticamente sus ideas. Pero no cabe la menor duda que no todo —ni mucho menos— es negativo en ellos, sobre todo en Robinson, del cual dice el padre Herbert Mac Cabe, O. P.: «La mayor crítica que se le puede hacer es que no se da cuenta de lo tradicional y ortodoxo que es en sus puntos de vista sobre Dios y Cristo». Lo que ocurre es que la inflación religiosa —tanto devocional como doctrinal— nos había ocultado la esencia del cristianismo muchas veces.

El **requiem** que entonan estos hombres —por tanto— no es por un Dios vivo —aunque no siempre acierten a expresarlo—, sino por ese viejo dios que se encuentra a un nivel mental de hombre primitivo, que no puede satisfacer a un hombre entrado en la edad de la **adultez**, que es la nuestra, la del mundo actual.

E. M. M.



LES PARFUMS CAPUCCI
PARIS